

tría ni creencias, que puede ser válico, servio, búlgaro o de cualquiera de los pueblos que miran al Sol del Asia, en el paréntesis comprendido entre los Alpes dináricos y los Alpes de Transilvania—esclavo en fin—que ha sentado su garra sobre parte del mundo, pretendiendo regarla con lágrimas, sudor y sangre de esclavos, abonarla con el estiércol de su sadismo, su crueldad y su ambición, convirtiendo la Tierra toda, en una desolada estepa siberiana...

Ulises ha desatado el cordón del Odro que le regaló Eolo: brotaron de su vientre los vientos del odio, huracanes de guerras y tormentas de malaventuras, en tan catastrófica medida que para cantar la tragedia habría que resucitar a Shakespeare el unigénito.

FRANCISCO BELMONTE

IV ANIVERSARIO

DON TOMÁS MARTÍN GIL

(† 2 de Septiembre de 1947)

Otro año.

Y otra etapa que ha cubierto «ALCANTARA», haciendo honor a los propósitos que fecundaron su nacimiento: «*dar a conocer los valores literarios, artísticos, históricos y científicos de Extremadura*», según se consignaba en aquel ilusionado llamamiento que a todos los extremeños hicimos, anunciando la aparición de nuestra revista, «*unos cuantos amantes de nuestra tierra*».

Don Tomás murió, desapareció físicamente; pero su amor a nuestra tierra permanece en sus obras, y late vivo en la redacción de esta revista a la que se encaminaron los últimos pensamientos del que fué en vida un extremeño entero de cuerpo y de alma. Por eso la memoria inolvidable de nuestro primer Director es como un pomo de perennes esencias con las que se impregna renovadamente cada tirada de nuestra revista.

Guardando fidelidad a los propósitos iniciales, es como «ALCANTARA», número a número, rinde el sencillo y periódico, pero también el mejor y más dilecto homenaje que podríamos ofrecer a D. Tomás, cuyo imborrable recuerdo—pena y estímulo—se funde con la piadosa oración que, en el cuarto aniversario de su muerte, elevamos al Señor, encomendándole una vez más a su infinita misericordia.

F. B. y B.

A Antonio Machado

Amaste el Guadarrama como le amó el Gran Triste,
el Rey que quiso y pudo vestirle de uniforme;
el Rey de los delirios de la grandeza austera
que por amar la forma supo ordenar lo informe.

Tú hiciste una montaña con tu mirar profundo
y le diste un reflejo de tono pardo y serio.
Fueron tus versos piedras de exacto y duro corte.
Piedras de bronce y vuelo, piedras de monasterio.

Una estameña parda te cuadra. Un sordo rezo
con los labios muy juntos en un rictus amargo,
y un mirar que ha olvidado que el ciprés también mira
y no sabe, y le pesa, más que ver a lo largo.

Tú salmodias sereno tu tristeza profunda,
tu tristeza gigante, tu tristeza sin par.

Para qué las campanas? Para qué los corales?

Para qué más plegarias que tu grave cantar?

SANTOS SANCHEZ-MARIN